

Cinco Sermones de San Agustín sobre San Vicente, diácono y mártir

La victoria de San Vicente

Predicado en lugar desconocido, entre los años 410-412

Con los ojos de la fe hemos contemplado un grandioso espectáculo: la victoria total del santo mártir Vicente. Venció en el interrogatorio, venció en los tormentos, venció en la confesión, venció en la tribulación, venció al ser quemado por las llamas y venció al ser sumergido en las olas; finalmente, venció siendo torturado y venció muerto. Cuando su cuerpo, en el que estaba el trofeo de Cristo vencedor, era arrojado desde una barquichuela al mar, él decía en silencio: *Se nos arroja, pero no perecemos.*

¿Quién otorgó esta paciencia a su soldado sino el que antes derramó su sangre por él? Aquél a quien se dice en el salmo: *Porque tú eres mi paciencia, Señor; Señor, tú eres mi esperanza desde mi juventud.* Combate grande que trae consigo gloria no menor, no humana ni temporal, sino divina y eterna. Es la fe quien lucha, y, cuando ella combate, nadie vence a la carne; pues, aunque sea desgarrada y despedazada, ¿cuándo perece quien fue redimido con la sangre de Cristo? Un hombre poderoso no puede perder lo que compró con su oro, y ¿va a perder Cristo lo que compró con su sangre? Pero todo esto ha de parar en la gloria de Dios, no en la del hombre. De él procede, en verdad, la paciencia, la verdadera, la santa, la devota y recta paciencia; la paciencia cristiana es un don de Dios. En efecto, también muchos salteadores sufren con gran paciencia los tormentos; no ceden y vencen a sus verdugos, pero son castigados después con el fuego eterno.

La causa es lo que distingue al mártir de la paciencia, mejor, de la resistencia de los criminales. El castigo es el mismo, pero distinta es la causa. Con la voz de los mártires hemos cantado estas palabras que Vicente había repetido en sus oraciones: *Júzgame, ¡oh Dios!, y discierne mi causa de la gente no santa.* Su causa está ya discernida, puesto que luchó por la verdad, por la justicia, por Dios, por Cristo, por la fe, por la unidad de la Iglesia, por la caridad única. ¿Quién le otorgó esta paciencia? ¿Quién? Que nos lo indique el salmo. En él se lee y se canta: *¿No se someterá mi alma a Dios? De él procede mi paciencia.*

Quien piense que San Vicente pudo todo eso por sus fuerzas, cae en un grave error. Quien presuma de poderlo por los propios recursos, aunque parezca que vence con la paciencia, es vencido por la soberbia. Vence tú completamente, es decir, destruye todas las armas del enemigo. Si él se vale de los placeres, se le vence por la continencia; si aplica castigos y torturas, se le vence con la paciencia; si sugiere errores, se le vence con la sabiduría. Y cuando, destruidas todas esas armas, como último recurso halaga al alma, diciéndole: "¡Brava,

brava! ¡Qué fuerza, qué combate el tuyo! ¿Quién puede comparársete? ¡Qué victoria más pulcra!", respóndale el alma santa: *Sean confundidos y avergonzados quienes me dicen: «¡Brava, brava!»* Pues ¿cuándo vence sino cuando dice: *Mi alma se gloriará en el Señor; escúchenlo los mansos y alégrense?* Los mansos, en efecto, saben lo que digo, porque en ellos moran las palabras y los hechos. Quien no es manso ignora a qué saben estas palabras: *Mi alma se gloriará en el Señor.* Todo el que no es manso es soberbio, áspero, orgulloso; busca la gloria en sí, no en el Señor. Quien, en cambio, dice: *Mi alma se gloriará en el Señor,* no dice: «Escuchen los pueblos y alégrense; escuchen los hombres y alégrense, sino: *Escuchen los mansos y alégrense. Escúchenlo quienes pueden saborearlo.* Manso era Cristo: *Fue llevado como una oveja al sacrificio.* Fue manso porque fue llevado al sacrificio como una oveja. *Escuchen los mansos y alégrense,* puesto que saborean estas palabras: *Gustad y ved qué suave es el Señor; dichoso el que se acoge a él.*

La lectura escuchada fue larga y el día es corto; no debemos abusar de vuestra paciencia con un largo sermón. Sé que me habéis escuchado pacientemente, y, al estar de pie durante largo tiempo, habéis sufrido juntos como si fuerais mártires. El que os escucha, él os ame y os corone.

El combate de San Vicente

Predicado en lugar desconocido, entre los años 410-412

1. Nuestro espíritu ha presenciado un espectáculo grandioso y digno de toda admiración.

Gracias a los ojos interiores, al leerse la gloriosa pasión del bienaventurado Vicente, hemos experimentado un placer no vano y dañino, como suele acontecer con las frivolidades de los teatros, sino útil y fructuoso en extremo. Era de ver el alma invicta del mártir combatiendo en dura lucha contra



Tormento de ecúleo. Clave de la capilla-cárcel de S. Vicente (Pl. Almoína, Valencia)

las asechanzas del antiguo enemigo, contra la crueldad del juez impío, contra los dolores de la carne mortal. Todo lo superó con la ayuda del Señor. Así fue, amadísimos; así fue exactamente. Alabemos a esta alma en el Señor para que lo escuchen los mansos y se alegren.

El relato leído nos mostró qué preguntas le hicieron, cuáles fueron sus respuestas y cuáles los tormentos que superó, y puso como ante nuestra mirada todo lo acontecido. El tormento que sufría en sus miembros se correspondía con la seguridad de sus palabras, dando la impresión de ser uno el atormentado y otro el que hablaba. Y efectivamente era otro; el Señor lo había predicho y prometido a sus mártires, diciendo: *No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros*. Sea alabada, pues, esta alma en el Señor. Pues *¿qué es el hombre si no te acuerdas de él? ¿O cuáles son las fuerzas del polvo si no le ayuda quien nos hizo del polvo? Para que quien se gloríe, se gloríe en el Señor*. Si con frecuencia el espíritu diabólico y seductor llena ya a los falsos adivinos, ya a sus falsos mártires, para que ellos se apliquen a sí mismos tormentos corporales o desprecien los que otros les apliquen, ¿qué tiene de extraordinario

para Dios nuestro Señor el que, con vistas a apoyar la predicación de su nombre, entregue el cuerpo de sus predicadores en las manos de los perseguidores, a la vez que retiene su mente en la fortaleza de la libertad, de modo que, incluso cuando aquél sufre la iniquidad, ésta proclame la verdad, y así no sea la resistencia, sino la justicia, la que haga a uno vencedor?

Quién es mártir, lo dice la causa, no el castigo. Muchos, en efecto, han soportado los dolores no por constancia, sino por testarudez; por vicio, no por virtud; por un perverso error, no por una justa razón; poseyéndolos, no persiguiéndolos el diablo. En el caso de nuestro Vicente vencía el que lo poseía; pero lo poseía el que había arrojado al príncipe de este mundo a fin de que fuese vencido —incluso luchando exteriormente— quien ya lo había sido para que lo dominase interiormente. El que fue arrojado fuera, *ronda sin cesar como león rugiente, buscando a quién devorar*. Pero le ataca en lugar nuestro quien, excluido aquél, reina en nosotros.



Tormento del fuego, avivado por los esbirros.

Clave gótica de la capilla-cárcel de S. Vicente (Pl. Almoina, Valencia)
Desaparecida recientemente en la reconstrucción de la Capilla.

2. Además, mayor tormento era para el diablo el no vencer a Vicente que para Vicente el ser perseguido por el diablo. Cuanto más truculentos y refinados eran los tormentos, tanto mayor era el triunfo del torturado sobre el torturador, y de aquella carne, cual tierra regada con la propia sangre, brotaba la palma que mayor tormento aún causaba al enemigo. Mas quien ocultamente se muestra cruel, ocultamente también sufre una vez vencido; claramente se manifestaba en el juez humano cuánto sufría ocultamente el diablo, y este enemigo invisible se dejaba ver por las grietas de su propio vaso, que él había llenado y que estaba estallando. En efecto, las palabras de aquel hombre, los ojos, la mirada y la turbulenta convulsión de todo

su cuerpo indicaban que eran más insufribles los tormentos que sufría él en su interior que los que infligía exteriormente al mártir. Si consideramos la turbación del torturador y la serenidad del torturado, es fácil ver quién estaba sometido al tormento y quién por encima de él. ¡Cuáles serán los gozos de los que reinan en la verdad, si tales son los de quienes mueren por la misma verdad! ¡Qué será la fuente de la vida, alcanzado ya el cuerpo incorruptible, si su rociada es

tan dulce en medio de los tormentos! ¡Qué no hará la llama eterna a los malvados, si la locura de su irritado corazón así los deja! ¡Qué no habrán de sufrir cuando sean juzgados quienes son atormentados hasta cuando juzgan! ¡Cuál será el poder del juicio futuro de los santos, si ya en esta vida el potro del mártir hace retorcerse al juez!

3. Magnífico testimonio el que el Señor rinde a sus testigos, pues el que rige el corazón de los combatientes tampoco abandona los cuerpos de los que fallecen, como lo muestra el conocidísimo milagro que tuvo por objeto el cuerpo de este bienaventurado Vicente. El enemigo había deseado que quedase totalmente oculto, preocupándose y ocupándose de ello; pero la voluntad divina lo sacó a la luz, mostrando que debía ser devotamente inhumado y venerado para que en él perdurara el recuerdo brillante de la victoria de la piedad y de la derrota de la maldad. En verdad es preciosa *en la presencia del Señor la muerte de sus santos*, pues ni siquiera es despreciada la tierra en que se convierte la carne cuando la abandona la vida; y, cuando el alma invisible abandona la casa visible, la morada del siervo es custodiada por el Señor y honrada por los fieles, sus consiervos, para gloria del Señor. Cuando Dios obra maravillas junto a los cuerpos de los santos difuntos, ¿qué otra cosa hace sino dar testimonio de que para él no perece lo que muere? A partir de ahí, se puede entender qué honor disfrutaban a su lado las almas de los mártires, si la carne exánime goza de tanto poder divino. Hablando el apóstol de los miembros de la Iglesia, tomó una comparación de los miembros de nuestro cuerpo, a saber: *A nuestros miembros más viles los rodeamos de mayor honor*; de idéntica manera, la providencia del Creador, otorgando a los cadáveres de los mártires los testimonios tan preclaros de los milagros, rodea de mayor honor los despojos exánimes de los hombres, y lo que, al desaparecer la vida, permanece ya deforme, es el lugar donde se manifiesta más claramente el dador de la vida.

Fuerza y gloria de San Vicente

Predicado en lugar desconocido, entre los años 410-412

1. En la pasión que hoy se nos ha leído, hermanos míos, salen a relucir con toda claridad un juez feroz, un cruel verdugo y un mártir invicto, sobre cuyo cuerpo, surcado por distintos tormentos, ya se habían agotado las torturas, a pesar de lo cual aún persistían sus miembros. Si la impiedad, aunque convicta por tantos milagros, no cedía; si la debilidad, atormentada con tantos suplicios, no sucumbía, reconózcase, pues, la acción de la divinidad.



El cuerpo muerto de S. Vicente, arrojado al mulador, es defendido de las fieras por un cuervo.
Clave gótica de la capilla-cárcel de S. Vicente (Pl. Almoína, Valencia)

En efecto, si el Señor no habitase en él, ¿cómo podrá resistir el polvo corruptible tan crueles torturas? En todo ello, por consiguiente, hay que reconocer, glorificar y alabar a quien, al llamarle por primera vez, le dio la fe y, en su última pasión, la fortaleza ¿Queréis saber que ambas cosas le fueron donadas? Escuchad al apóstol Pablo: *A vosotros, dijo, os ha sido otorgado no sólo el que creáis en Cristo, sino también el que sufráis por él.* Ambas cosas había recibido el diácono Vicente; las había recibido y las conservaba. En efecto, si nada hubiera recibido, ¿qué tendría? Tenía seguridad en el hablar y resistencia en el sufrir. ¡Que nadie, pues, cuando hable, presuma de su ingenio; que nadie, cuando sufra la tentación, confíe en sus fuerzas, pues la sabiduría por la que hablamos rectamente y en el momento oportuno nos viene de Dios, y de él también la paciencia para soportar los males con fortaleza. Traed a la memoria a Cristo el Señor, que en el evangelio amonestaba a sus discípulos; traed a la memoria al rey de los mártires equipando a sus cohortes con las armas espirituales, presentándoles las batallas que han de combatir, suministrándoles auxilios y prometiéndoles galardones. Tras haber dicho a sus discípulos: *En este mundo padeceréis tribulación*, inmediatamente, con el fin de consolarlos, pues estaban aterrados, añadió: *Pero tened confianza, pues yo he vencido al mundo.* ¿De qué nos extrañamos, amadísimos, de que haya vencido Vicente en aquél que venció al mundo? *En este mundo*, dijo, *padeceréis*

tribulación; pero tal que, aunque apriete, no oprimirá y, aunque ataque, no vencerá.

2. El mundo presenta una doble batalla contra los soldados de Cristo. Prestad atención, hermanos. He dicho que el mundo presenta una doble batalla contra los soldados de Cristo: los halaga para seducirlos y los aterroriza para quebrantar su resistencia. Si no nos aprisiona la propia ansia de placer ni nos aterroriza la crueldad ajena, está ya vencido el mundo. En una y otra circunstancia sale al encuentro Cristo para no permitir que sea vencido el cristiano. Si en esta pasión consideramos la paciencia como puramente humana, comienza a ser increíble; si se advierte en ella el poder divino, deja de causar admiración. Cuanta era la crueldad que se cebaba en el cuerpo del mártir, tanta la serenidad que emanaba de su voz; y cuanta era la esperanza de las penas que sufrían sus miembros, tanta la seguridad que resonaba en sus palabras, de forma que, aunque era Vicente el que sufría, se podía pensar que el atormentado era otro distinto del que hablaba. Y, en verdad, hermanos, que así era, así era realmente: otro era el que hablaba. También esto lo prometió Cristo en el evangelio a sus testigos, a quienes preparaba para combates de este tipo. Así dice, en efecto: *No penséis en cómo o qué habéis de decir, pues no sois vosotros los que habláis, sino que es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros*. Así, pues, la carne sufría y el Espíritu hablaba. Y al hablar el Espíritu, no sólo confundía la impiedad, sino también fortalecía la debilidad.

3. La multitud de suplicios aumentaba el resplandor del mártir ante nuestros ojos. Aunque cubierto con heridas de toda especie, no abandonaba la lucha, antes bien la reemprendía con mayor vigor, hasta el punto que se podía pensar que la llama, en vez de quemarlo, lo endurecía, al igual que el horno del alfarero, que recibe barro blando y lo convierte en una dura vasija. Nuestro mártir podía decir a Daciano «Tu fuego ya no seca mi carne, porque *mi vigor se ha secado como una vasija*.» Y puesto que es verdad lo escrito: *El horno prueba al vaso de barro, y a los hombres justos la tribulación*, Vicente fue probado y cocido con aquel fuego; Daciano, en cambio, ardió y estalló. Y si no ardía, ¿de dónde procedían sus gritos? ¿Qué otra cosa eran sus palabras llenas de ira sino humo de quien está ardiendo? El envolvía externamente de llamas a nuestro mártir, cuyo corazón estaba fresco; pero él mismo, encendido con la antorcha del furor, ardía por dentro como un horno, abrasando, al mismo tiempo, al diablo que lo habitaba. A través de los gritos rabiosos de Daciano, a través de la fiereza de sus ojos, de sus amenazadoras miradas y el movimiento de todo su cuerpo, se manifestaba su inquieto interior, y se dejaba ver mediante estos signos visibles, cual grietas de la vasija que él llenaba y se resquebrajaba. No sufría tanto el mártir bajo el rigor de los tormentos cuanto él bajo el efecto de la locura.

4. Pero, hermanos, todo aquello son cosas pasadas: la ira de Daciano y el tormento de Vicente. Ahora, en cambio, a Daciano le queda el tormento, y a Vicente la corona. Además, dejando de lado las diferencias en la retribución futura, mostremos la gloria que poseen los mártires incluso en este mundo. ¿Qué región, qué provincia dentro del imperio romano o hasta donde llega el nombre cristiano, no se alegra hoy de celebrar el nacimiento de Vicente?

¿Quién hubiese escuchado hoy, aunque sólo fuera el nombre de Daciano, de no haberse leído la pasión de Vicente? En el hecho de que el Señor haya custodiado con tanto esmero el cuerpo de su mártir, ¿qué otra cosa manifestó sino que él había dirigido en vida a quien no abandonó una vez muerto? Así, pues, Vicente, tanto en vida como una vez muerto, venció a Daciano. En vida despreció los tormentos; ya muerto, atravesó los mares. Pero el que le otorgó un ánimo invicto entre los garfios de hierro, él mismo dirigió su cadáver exánime en medio de las olas. La llama de la tortura no dobló su corazón, ni el agua del mar cubrió su cuerpo. Pero en este y otros sucesos parecidos no se manifiesta otra cosa sino que *la muerte de sus santos es preciosa delante del Señor.*

El cuerpo espiritual

Predicado en la Basílica Restituta de Vallis o Cartago, el año 413

1. Con los ojos de la fe hemos contemplado el combate del mártir, y lo hemos amado por hallarlo invisiblemente hermoso en su plenitud. ¡Qué belleza de alma tendría aquél hasta cuyo cadáver resultó invicto! En vida confesó al Señor; incluso después de muerto venció al enemigo. ¿Pensamos, hermanos, que la Providencia y la decisión del Creador todopoderoso concedió algo al mártir al otorgar tal honor a su cuerpo difunto? ¿Qué decir? De no haber sido sepultado, ¿ignoraría Dios el lugar donde tenía que resucitarlo? Al mártir le está reservada la corona para después de la victoria y, tras la resurrección, la vida



El Retablo de San Vicente Mártir y San Agustín obispo, de Sardinà, municipio de Olette, cerca de Prades (Francia), es un anónimo popular de fines del siglo XIV o principios del XV. Los dos Patronos ocupan el centro del retablo. San Vicente está representado según la iconografía propia de Valencia. Vestido con dalmática de diácono, sostiene la palma del martirio y las cuerdas que pasan por la rueda del molino, y lleva en la mano izquierda el libro del Evangelio. San Agustín, con ornamentos de obispo, sostiene un libro abierto en el que se lee: *Sacerdos Dei, Augustine, pastor egregie, ora pro nobis Deum*. A la izquierda, dos escenas del martirio de San Vicente. A la derecha, dos escenas de la vida de San Agustín.

eterna. Pero, gracias a su cuerpo, a la Iglesia se le concedió una memoria que le sirve de consuelo. Con frecuencia, y por cierta condescendencia, Dios otorga cosas a sus siervos sirviéndose de otros siervos suyos, concediendo algo que es de más provecho a quien lo recibe que a aquél a través de quien se le da. Un ejemplo: Dios alimentaba al santo Elías por medio de un ave; nunca faltó a Dios la misericordia y la omnipotencia para alimentarlo siempre de esta manera. Sin embargo, lo envía a una viuda para que ella le dé de comer, y no porque no hubiera otra manera de alimentar al siervo de Dios, sino para que la viuda piadosa mereciese la bendición. Así, pues, Dios concede a sus iglesias los cuerpos de los santos no para gloria de los mártires, sino para que se conviertan en lugares de oración. Ellos, en efecto, tienen su gloria cabal junto a su Creador. Ni siquiera sienten temor alguno respecto a su cuerpo, pues nada

pueden temer. Más aún, si tienen condescendencia con él, le causan daño; si, por el contrario, guiados de la fe, se despreocupan del mismo, incluso él sale ganando.

2. Prestad atención a esto y cuestionad vuestra fe. Si el santo Vicente hubiese negado a Cristo por temor a los tormentos, parecería haber tenido compasión del cuerpo, del que, en virtud de la condición mortal, tendría que desligarse ¿Qué haría en el momento de la resurrección cuando fuese arrojado al fuego eterno? Negar a Cristo equivale a ser negado por Cristo. *A quien me niegue, dijo, delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.* Supongamos que lo negó, que cesaron de torturarlo los verdugos y que, aunque con el alma herida, el cuerpo quedó sano; más aún, que, muerta el alma, continuó en vida el cuerpo: ¿de qué le serviría una breve vida corporal a quien ha muerto para toda la eternidad? Llegará el día, recordado por el Señor, *en el que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán fuera; pero grande será la diferencia. Todos saldrán fuera, pero no todos a la misma cosa. Todos han de resucitar, pero no todos han de ser transformados. Pues quienes hicieron el bien, dijo, resucitarán para la vida, y quienes obraron el mal, para el juicio.* Al decir: *Todos los que estén en los sepulcros*, se está refiriendo, sin duda, a la resurrección de los cuerpos. Cuando oyes hablar de juicio, no te halagues pensando en un juicio temporal; aquí «juicio» equivale a castigo eterno. En esta acepción se dijo: *Pero quien no cree, ya está juzgado.* Esta diferencia, pues, ha de separar a los justos de los injustos; a los fieles, de los infieles; a los confesores, de los negadores; a los amantes de la vida perecedera, de los amantes de la vida eterna; aquella distinción los separará: *Y los justos irán a la vida eterna, mientras que los impíos al fuego eterno.* Allí serán atormentados con su cuerpo quienes condescendieron con él. Temiendo los tormentos, se compadecieron de él, y, compadeciéndose de él, negaron a Cristo; y, negando a Cristo, difirieron las penas eternas incluso para el cuerpo. ¿Es, acaso, lo mismo diferir que suprimir?

3. Por tanto, a bien mirar, los mártires no despreciaron sus cuerpos. Eso sería una filosofía perversa y mundana, propia de quienes no creen en la resurrección de los mismos. Se tienen por grandes despreciadores del cuerpo, por el hecho de considerarlos como cárceles donde están encerradas las almas que pecaron con anterioridad en otro lugar. Pero nuestro Dios creó el cuerpo y el alma; de ambos es creador y recreador, hacedor y restaurador. En consecuencia, los mártires no despreciaron o persiguieron a la carne como a una enemiga, *pues nadie jamás tuvo odio a su carne.* Cuanto más parecían despreciarla, tanto más miraban por ella. Cuando toleraban los tormentos temporales en ella, resistiéndolos gracias a la fe, estaban adquiriendo la gloria eterna hasta para la carne.

4. ¿Cómo será la gloria futura de esta carne tras la resurrección? ¿Quién puede expresarla con palabras? Ninguno de nosotros todavía tiene experiencia de ella por haberla poseído. Ahora pujamos por esta carne pesada, por estar necesitada y ser débil, mortal y corruptible. *El cuerpo que se corrompe apesga el alma.* Pero no temas tal cosa para el momento de la resurrección. *Conviene que esto corruptible se vista de incorrupción y que esto mortal se revista de inmortalidad.* Lo que ahora es una carga, luego será un honor; lo que ahora

significa carga, entonces será alivio. No habrá peso que te haga consciente de que tienes cuerpo. Considerad amadísimos, este mismo cuerpo, aunque frágil y mortal, cuando está sano, cuando está regido por la proporción de sus partes, cuando nada pugna contra nada en él: el calor no es excesivo ni expele al frío, el exceso de frío no apaga el calor, causando dolor esta lucha; la sequedad no absorbe los humores, los humores no sobreabundan ni son causa de opresión, sino que todos sus componentes están bien equilibrados, a lo cual se llama salud. Para decirlo en pocas palabras, hay una salud corporal: la concordia de todos los elementos de que consta. Esta es, pues, salud corporal, es decir, la concordia de los miembros y humores; pero en una cosa corruptible, necesitada y flaca, en algo que aún puede sentir hambre y sed, cansarse de estar de pie, descansar estando sentada; que, a su vez, se cansa de estar sentada, que decae con el hambre y se repone alimentándose; que apenas remedia unos males, ya ha caído en otros, pues cualquier cosa que tomes para reponerte cuando estás cansado, supone comenzar a cansarte de nuevo, dado que, si continúas tomando lo que te sirvió de alivio, luego te cansarás de ello. En este cuerpo débil, y corruptible por tanto, ¿qué es la salud, cualquiera que ella sea? En efecto, esto que se llama salud, aplicado a la carne mortal y corruptible, no admite comparación alguna con la salud de los ángeles, a quienes se nos ha prometido ser iguales tras la resurrección. Con todo, esta salud, sea la que sea, según dije, ¡cuánto deleita! ¡Qué bien apetecido por todos! ¡Qué rico es el pobre con sólo tenerla a ella y qué pobre es el rico si de ella carece! ¿De qué se jacta el que abunda en riquezas? A la fiebre no le espanta un lecho de plata ni la pompa de un rico, ni teme las flechas de un guerrero.

5. ¿Qué es, pues, esta salud, que con tanta razón despreciaron los mártires, porque esperaban otra en la misma carne? Como aún no hemos experimentado ésta, a partir de la que conocemos podemos hacer conjeturas sobre ella ¿Qué es la salud? Si me preguntas qué es el ver, quizá te podría responder, por lo que se refiere al cuerpo, que consiste en percibir las formas y los colores. Si me preguntas por el oír, te responderé que percibir los sonidos. Si me preguntas por el oler, que percibir los olores. ¿En qué consiste el tacto? En percibir lo duro o lo blando, lo caliente o lo frío, lo áspero o lo suave, lo pesado o lo ligero. ¿Qué es la salud? No sentir nada. Pero estas mismas cosas que se dan en nosotros, parecen viles en comparación con otras. Tu vista es aguda: la del águila es quizá más aguda aún. Tu oído es fino: hay bestias que lo tienen más fino todavía. Tu olfato es muy sensible, pero no supera la sagacidad de un perro. Distingues muy bien los sabores con sólo probarlos: hay animales que discernen las hierbas aún sin probarlas y no toman lo que les es dañino, mientras que tú, aunque distingas muy bien los alimentos, puedes ser imprudente y envenenarte. La sensibilidad de tu tacto es extraordinaria: ¡cuántas aves presienten la llegada del verano y emigran, o la inminencia del invierno, y se marchan a regiones más cálidas! Lo que tú sientes cuando ha llegado, ellas lo presienten antes de que llegue. Yo lo ensalcé en la salud, pero nada de eso percibe una piedra, nada un árbol, nada un cadáver.

6. En efecto, ¿no sentía nada en su corazón el prefecto Daciano cuando se ensañaba contra un cadáver insensible? ¿Qué podía hacer ya a lo que nada sentía quien pudo ser vencido por él cuando aún vivía? Hizo lo que pudo, y lo

hizo lleno de furor. Pero quien a todas luces nada sufría, en secreto era coronado. Estaba ya en posesión de la promesa de su Señor, quien, queriendo darnos seguridad frente a los que dan muerte al cuerpo, dijo: *No temáis a quienes dan muerte al cuerpo y no pueden hacer más.* ¿Cómo no pueden hacer más, si aquél demente cometió tantas barbaridades sobre el cuerpo de Vicente? ¿Pero qué hizo a Vicente, si nada le hizo incluso cuando estaba en vida? Así, pues, estar sano no consiste en no sentir nada, al modo como no siente una piedra, un árbol o un cadáver, sino en vivir en el cuerpo y no sentir su peso. Pero, con todo, por sano que esté un hombre en esta vida no deja de sentir el peso de su cuerpo sano. También el cuerpo sano, pero corruptible, apesga el alma. Apesga el alma, es decir, no obedece al alma en todos sus deseos. La obedece en muchas cosas: mueve las manos para trabajar, los pies para caminar, la lengua para hablar, los ojos para ver y aplica el oído para escuchar las voces. En todas estas cosas, el cuerpo obedece. Pero, si desea cambiar de lugar, siente su carga, siente su peso. El cuerpo no se mueve con mucha facilidad para llegar a donde desea. Alguien desea ver cara a cara a un amigo; sabe que está lejos, que entre ellos hay muchas jornadas por medio. Se ha adelantado con el alma; mas, cuando llega con el cuerpo, advierte cuánto peso lleva encima. El peso de la carne no pudo obedecer a la voluntad en cuanto a la rapidez deseada; no pudo ser llevado con la velocidad apetecida, con la que es propia del alma. El cuerpo es lento y pesado.

7. El mismo cuerpo, ¿tiene algo que nos permita probar su velocidad? ¿Hemos de hablar de los pies? ¿Hay algo más lento? Ellos son los que marchan, pero apenas siguen los deseos y llegan tras grandes esfuerzos. Pero imagínate a alguien tan veloz como ciertos animales, con cuya velocidad no se puede comparar la nuestra; piensa en alguien tan veloz como las aves: no llegaría al lugar deseado en un abrir y cerrar de ojos. Mucho tiempo pasan las aves en vuelo durante sus migraciones, y a veces, cansadas, se posan sobre la arboladura de las naves. Así, pues, incluso si nos fuese posible volar como las aves seríamos lentos para llegar pensando en la rapidez de los deseos. Mas cuando se transforme en espiritual el cuerpo del que se dijo: *Se siembra un cuerpo animal y resucitará uno espiritual*, ¡qué facilidad en él, qué rapidez, qué obediente a los deseos de la voluntad! Ningún cuerpo sentirá peso alguno, necesidad o cansancio; en ninguna parte encontrará oposición ni resistencia.

8. ¿Cómo era aquel cuerpo que el Señor hizo pasar por las puertas cerradas? Prestad atención, os suplico, por si puedo, con la ayuda del Señor, satisfacer en todo o en parte a vuestra expectación mediante algunas palabras. La pasión del mártir, a quien hemos visto con admiración despreciar su cuerpo en medio de los tormentos, nos ha brindado la ocasión para hablar algo sobre el cuerpo espiritual. Dijimos, en efecto, que precisamente cuando se desentendía del cuerpo, entonces miraba por él, no fuera que, huyendo de las penas temporales y negando a Cristo, mandase al mismo cuerpo a las penas eternas y atrocísimos suplicios. Partiendo de aquí, he querido exhortaros, a vosotros y a mí mismo, a despreciar lo presente y a esperar lo futuro, pues *en esta morada gemimos agobiados*, y, sin embargo, no queremos morir y tememos vernos despojados de ese peso. *En efecto, no queremos ser despojados, sino revestidos de forma que lo mortal sea absorbido por la vida.*



S. Vicente Mr. y S. Agustín.
Retablo de Serdinyà (detalle)

Aprovechando la ocasión, me propuse hablaros algo acerca del cuerpo espiritual, y juzgué que debía comenzar presentándoos la salud misma de este cuerpo frágil y corruptible, para llegar, a partir de ella, a algo más grandioso. Anotamos que la salud consistía en no sentir nada. Ved la cantidad de cosas que hay en nuestro interior. ¿Quién de nosotros las conocería de no haberlas visto en los cuerpos destrozados? Nuestras vísceras interiores, a las que damos el nombre de intestinos, ¿cómo las conocemos? Es cosa buena no darse cuenta de que las tenemos. Cuando nos pasan inadvertidas, es que estamos sanos. Dices a alguien: «Fíjate en el estómago». Él te responde: «¿Qué es el estómago?» ¡Dichosa ignorancia! No sabe dónde lo tiene, porque siempre lo tuvo sano. Si no lo hubiera tenido sano, lo hubiese sentido alguna vez, y no para su bien ciertamente.

9. Aunque hemos elogiado la salud corporal, cuando hemos llegado a la rapidez de movimientos, hemos encontrado que, en cierto modo, somos de plomo. ¿Cuál es la rapidez de los cuerpos celestes? ¿Quieres conocerla? Miras al sol, y te da la impresión de que casi no se mueve, y, sin embargo, se mueve. Quizá digas: «Se mueve, pero lentamente.» ¿Quieres conocer con qué rapidez se mueve? ¿Quieres percibir con la razón lo que no adviertes con la

vista? Si alguien quisiera atravesar por vía recta esta tierra, de oriente a occidente, con caballos de posta, ¿cuántos días emplearía? Cualquiera que fuera la velocidad de los caballos, ¿cuántas jornadas necesitaría? En un solo día recorre el sol, que te da la impresión de estar parado, el espacio que va de un extremo del oriente al otro del occidente y en una sola noche vuelve al punto de partida. Puesto que se trata de un tema oscuro, difícil de persuadir, o tal vez incierto, no quiera decir cuánto más anchos son los espacios celestes que los terrestres. Si, pues, vemos que es tan grande la velocidad de los cuerpos celestes que, cuando los miramos, nos parece que apenas se mueven, ¿con qué rapidez podemos comparar los cuerpos de los ángeles? Se han hecho presentes, y a veces han querido ser vistos y se prestaron a ser tocados. Abrahán lavó los pies a ángeles. No sólo lavó aquellos cuerpos, sino que hasta los tocó. Se aparecieron como quisieron, a quienes quisieron y cuando quisieron. No experimentan dificultad ni lentitud ninguna. Pero no los vemos correr, ni trasladarse de un lugar a otro, para conocer que se alejan de los ojos de los hombres: cuando quieren vienen. No podemos, por tanto, presentar un ejemplo irrefutable de su rapidez. Pasemos por alto lo que desconocemos, sin atrevernos a presumir temerariamente de cosas que no hemos experimentado.

10. En este mismo cuerpo que tenemos, encuentro algo cuya asombrosa rapidez me causa admiración. ¿A qué me estoy refiriendo? Al rayo de nuestra mirada, mediante el cual tocamos cuanto vemos. Lo que ves, lo tocas con el rayo de tu vista. Si quieres mirar más lejos y se interpone otro cuerpo, el rayo va a dar contra ese objeto, que no le deja pasar hasta lo que deseas ver. Dices al obstáculo que se te pone delante: «Apártate, que me estorbas.» Quieres ver, por ejemplo, una columna, pero hay un hombre en medio que impide tu mirada. Tú has emitido el rayo, pero llegó sólo hasta el hombre, que no le permite llegar a la columna; choca contra algo, no se le permite pasar. Suponte que quien te lo obstaculiza se quitó de en medio: la vista llegó hasta donde quería.

Razona, pues, ahora y respóndeme, si has hallado la respuesta: esta mirada, este rayo de tu ojo, ¿llegó más rápido a lo cercano y más tarde a lo lejano? Has visto a un hombre cerca de ti: tardaste en verlo tanto cuanto tardaste en tender hacia él el rayo de tu ojo; tardaste en llegar a él con el rayo de tu ojo tanto cuanto hubieras tardado en llegar a aquella columna que deseabas ver, y que no pudiste, porque se había interpuesto aquel hombre. No llegas primero al hombre y a la columna después, aunque él está más cerca y ella más lejos. Si quisieras ir andando, llegarías antes al hombre que a la columna; mas como se trataba de ver, llegaste tan pronto al hombre como a la columna. Lo dicho sobre la columna y el hombre es cosa de poca distancia. Vuelve a lanzar tus ojos: lejos ves una pared; llévalos más lejos: llegas al sol. ¿Qué distancia hay entre ti y el sol? ¿Quién puede medirla? ¿Quién, por aguda que sea su inteligencia, puede calcular lo que dista el sol de ti? Y, con todo, apenas abres el ojo, tú estás aquí y tu rayo se encuentra allí. Tan pronto como quisiste ver, llegaste con la vista. No buscaste andamios en que apoyarte, ni escaleras con que subir, ni sogas que te levantasen, ni alas con que volar. Abrir los ojos equivale a llegar.

11. ¿Qué decir, pues, de esta velocidad? ¿Cuánta es? ¿Qué significa? Es algo propio de nuestro cuerpo, algo que se origina en nuestra carne. Estamos en

posesión de esos rayos y no nos causan admiración. Los utilizamos para ver, pero nos asustamos cuando nos detenemos a pensar en ellos. Limitándonos a la velocidad de los cuerpos, no encuentras otra que pueda compararse a ésta. Con razón, el apóstol Pablo comparó con esa rapidez lo fácil que ha de ser la resurrección al decir: *En el tiempo requerido por un rayo del ojo*. En el tiempo requerido por un rayo del ojo, no en un abrir y cerrar de ojos, pues esto se realiza con más lentitud que el ver. Tardas más en levantar los párpados que en emitir el rayo. Llega antes tu rayo al cielo que el párpado levantado a las cejas. Advertís cuánto es el tiempo requerido por un rayo del ojo: veis, por tanto, la facilidad que el Apóstol otorga a la resurrección de los cuerpos. ¡Cuán lentamente fueron creados y formados! Rememoremos cuánto dura la concepción y, ya en el seno materno, el tiempo necesario para la formación de los miembros de los niños; ya formados los miembros, cada uno en su momento, se requiere cierto número de días, muchos meses, hasta que salga a la luz lo que se ha creado y formado dentro. Luego, ¡cuánto tiempo para crecer! ¡Cuánto tiempo para que la adolescencia suceda a la niñez, la madurez a la adolescencia, la senectud a la madurez; y la muerte a todas ellas! Todavía se requiere tiempo para algo más. Un cuerpo recién muerto parece estar íntegro, pero se resolverá en podredumbre; hasta para esta descomposición se precisa tiempo, mientras se pudre y se convierte en seco polvo. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde los primeros instantes de su aparición en el seno materno hasta que todo el sepulcro se convierte en ceniza? ¿Cuántos días? ¿Cuánto tiempo? Llega el momento de la resurrección, y es reparado en lo que dura la emisión de un rayo del ojo.

12. Prestad atención, pues, hermanos, y comparad las cosas que deben compararse con los términos de la comparación. Esta carne es más rápida para andar que lo fue para ser formada, nutrirse, crecer, llegar al aspecto de persona madura en edad y estatura; es más rápida para andar que para sufrir todo este proceso. Ahora bien la resurrección tendrá lugar en lo que dura la emisión de un rayo del ojo: ¡cuál será la rapidez de movimiento, si tal fe fue la resurrección! Los cuerpos han sido destrozados por los verdugos: aunque los miembros de los muertos hayan sido dispersados por todo el mundo, aunque sus cenizas estén esparcidas por toda la tierra, todo lo diseminado en tan gran seno será reparado en lo que dura la emisión de un rayo del ojo. Nos admiramos de la rapidez de los rayos que emiten nuestros ojos, portentosa e increíble si no lo atestiguara la experiencia; pues bien, aún será más maravillosa la facilidad del futuro cuerpo espiritual. Resucitará en lo que tarda en emitirse un rayo del ojo; pero nuestro Señor hizo pasar su cuerpo a través de puertas cerradas, de lo que es incapaz el rayo de nuestro ojo. Estando sus discípulos en un local después de la resurrección, se les apareció de improviso a pesar de estar cerradas las puertas. Él pudo hasta entrar por donde nosotros no logramos siquiera ver. Que nadie diga: «Lo pudo ciertamente, pero era el cuerpo del Señor; ¿lo podrá, acaso, luego el mío?» También a este respecto le da seguridad plena el Espíritu, que hablaba por boca del Apóstol. Del mismo Señor se dijo: *Quien transfigurará nuestro cuerpo humilde en otro semejante al cuerpo de su gloria*.



S. Vicente Mr., interrogado por Daciano.
Retablo de Serdinyà (detalle)

13. La fragilidad humana no debe atreverse a definir, osada y presuntuosamente, nada acerca de tal cuerpo, sobre su gran agilidad, celeridad y salud. Cómo hemos de ser, lo sabremos cuando lleguemos a serlo. Antes de que esto acontezca, no seamos temerarios, no sea que no lleguemos a serlo. La curiosidad humana investiga a veces y se dice a sí misma: «¿Crees que veremos a Dios mediante aquel cuerpo espiritual?» Se le puede responder inmediatamente: a Dios no se le ve en un lugar concreto, ni parcialmente, ni difundido por el espacio o separado por intervalos. Aunque llene el cielo y la tierra, no por eso está mitad en el cielo y mitad en la tierra; en efecto, este aire llena cielo y tierra, pero la parte que está en el Cielo no está en la tierra. Lo que llena el agua, lo llena sólo en cuanto al espacio que ocupa; la mitad de agua ocupa la mitad del espacio y toda ella ocupa todo él. Dios no es nada parecido. Eso ha de quedarte fuera de toda duda, porque Dios no es ningún cuerpo. El extenderse por el espacio, circunscribirse a un lugar,

tener medios, tercios, cuartos y la totalidad es propio de los cuerpos. Nada de eso es Dios, porque Dios está todo en todas partes; no tiene aquí una mitad y allí, la otra, sino que está todo en todas partes. Llena el cielo y la tierra, pero está en su totalidad en el cielo y en su totalidad en la tierra. *En el principio existía la Palabra.* Esto para que apliques lo oído al mismo Hijo, puesto que también él es un solo Dios con el Padre: igual no por la magnitud, sino por la divinidad. *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Por ella fueron hechas todas las cosas y sin ella nada se hizo.* Y luego a continuación: *Y la luz brilla en las tinieblas.* Este Unigénito que permanece todo entero junto al Padre, todo entero brilla en las tinieblas, está todo entero en el cielo, todo entero en la tierra, todo entero en la Virgen, todo entero en su cuerpo de niño, y no de forma sucesiva, como si pasase de un lugar a otro. También tú estás todo entero en tu casa y todo entero en la Iglesia; pero cuando estás en la iglesia, no estás en tu casa, y cuando estás en tu casa, no estás en la iglesia. No es ésta la forma como él está todo entero en el cielo, todo entero en la tierra, todo entero en la Virgen, todo entero en su cuerpo de niño, por no mencionar más cosas, como si se trasladase del cielo a la tierra, de la tierra a la Virgen, y de la Virgen al cuerpo

de niño, sino que al mismo tiempo está todo entero por doquier. No se desgarrará como el agua, ni cual tierra se le retira de un lado y se lleva a otro con fatiga. Cuando está todo entero en la tierra, no abandona el cielo, y de la misma manera, cuando llena el cielo, tampoco se aleja de la tierra, pues *alcanza de un extremo a otro con fortaleza y dispone todas las cosas con suavidad.*

14. Por tanto, si, al menos una vez transformado este cuerpo en cuerpo espiritual, podrán ver sus ojos una sustancia no circunscrita al espacio; si han de poderlo por alguna fuerza oculta, nunca experimentada y totalmente desconocida, nunca percibida ni valorada; si han de poderlo, puédanlo. Vemos con nuestros ojos: no sentimos envidia de ellos. En una cosa debemos poner nuestro empeño: en no localizar a Dios, ni circunscribirle en un lugar, ni creerlo difuso en el espacio, como si fuera un cuerpo voluminoso; no osemos pensar eso. Permanezca la sustancia divina en su propia dignidad. Nosotros cambiemos para mejor cuanto mejor podamos, pero sin cambiar a Dios para peor. Sobre todo, teniendo en cuenta que en la Escritura no hemos encontrado nada al respecto, o aún no lo hemos encontrado, pues ni siquiera me atrevo a suponer que nada hay en ella que pueda ser hallado. O nada hay en ella, o está oculto, o se me oculta. Si alguien pudiera encontrar algo en una u otra dirección, lo recibo gustoso, y sería ingrato si, una vez informado, no diera las gracias no ya al hombre que me lo comunicó, sino a quien enseña a través del hombre. No permita el dador de la gracia que yo sea ingrato. Yo sólo digo que los ojos que ven, ven a través del espacio, es decir, que entre el vidente y el objeto visto hay un espacio intermedio y que estos ojos no pueden ver de otra forma. En efecto, si alejas mucho de ellos un objeto, no lo verán, porque sus rayos no llegan hasta objetos tan distantes; si, por el contrario, lo pones muy cerca de ellos, si no hay un espacio entre los ojos del vidente y el objeto que se quiere ver, no podrá verlo en ninguna manera. Si tú mismo, acercando los ojos con que ves, tocas el objeto, al desaparecer el espacio, desaparece la visión. Estoy hablando de esto porque los ojos, que sólo ven lo que ven si hay intervalos y espacio en medio, ni pueden ver a Dios ahora ni podrán verlo después, puesto que él no es localizable. Por tanto, o bien podrán ver otra cosa, incluso lo que no puede ser visto localizado en un lugar, o, si les permanece la facultad de ver solamente lo localizado en un lugar, no verán a quien no está circunscrito a un lugar.

15. Pero mientras se investiga más cuidadosamente lo referente al cuerpo espiritual y se llega a algo que o bien se comprenda o bien pueda creerse rectamente, tengamos por cierto que el cuerpo ha de resucitar y que la forma futura de nuestro cuerpo es la que Cristo mostró o prometió veladamente. Admitamos que el cuerpo futuro será espiritual, no animal como el presente. Evidentemente, como está escrito, sin que podamos contradecirlo: *Se siembra un cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual.* Mantengamos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por su propia naturaleza y sustancia, son de idéntico modo y de igual manera invisibles; porque creemos que son de idéntico modo y de igual manera inmortales e incorruptibles. En un mismo texto, el Apóstol puso juntas estas tres cosas: *Al rey de los siglos, inmortal, invisible, incorruptible; al único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.* Solamente Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es santo, inmortal, invisible e incorruptible; no es

ahora invisible y luego visible, como tampoco ahora incorruptible y luego corruptible. Del mismo modo que es siempre inmortal y siempre incorruptible, así es también siempre invisible. Si desaparece su invisibilidad, es de temer que pierda también la inmortalidad. Pienso que ésta es la razón por la que el Apóstol puso el término «invisible» en el medio, entre «inmortal» e «incorruptible». Puesto que podía dudarse al respecto, para que no hubiese escapatoria, lo fortificó por ambos lados.

Afirmémonos en esta fe indiscutible. No es lo mismo ofender a una criatura que ofender al Creador. Ciertamente, podemos investigar y discutir sobre las propiedades de las criaturas, y, aunque nos equivoquemos en algo, podemos caminar sobre lo conseguido. Pero entonces, si tenemos algún conocimiento errado, también Dios nos lo hará saber. De ello hablamos ayer más prolijamente. *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Nosotros entreguémonos por todos los medios a purificar el corazón y estemos atentos a ello sin regatear esfuerzos; en cuanto podamos, todas nuestras oraciones han de pedir eso: la purificación del corazón. Y si nuestros pensamientos se ocupan de lo exterior: *Limpiad, dijo, lo interior, y así quedará limpio lo exterior.*

16. Quizá a alguien le parezca que es tan claro el testimonio en favor de la carne como el que se refiere al corazón, puesto que está escrito: *Toda carne verá la salvación de Dios.* El testimonio referido al corazón es clarísimo: *Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* Tenemos también uno referido a la carne: *Toda carne verá la salvación de Dios.* Ante esto, ¿quién dudaría de que aquí se promete la visión de Dios a la carne, si no intrigase saber qué es la salvación de Dios? En verdad, no nos intriga, pues no tenemos la menor duda: la salvación de Dios es Cristo el Señor. Así, pues, si a nuestro Señor Jesucristo sólo se le viese en la naturaleza divina, nadie dudaría de que también la carne vería la sustancia de Dios, puesto que *toda carne verá la salvación de Dios.* Mas Jesucristo nuestro Señor puede ser visto, en cuanto se refiere a su divinidad, con los ojos del corazón limpios, perfectos, llenos de Dios; pero fue visto también en su cuerpo, según lo que está escrito: *Después de esto fue visto en la tierra y convivió con los hombres.* ¿Cómo puedo saber por qué se dijo que toda carne verá la salvación de Dios? Nadie dude de que se dijo porque verá a Cristo. Pero se duda y se pregunta si se trata de Cristo el Señor en su cuerpo o en cuanto *la Palabra existía en el principio, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.* No me agobies con un solo testimonio; te lo repito al instante: *Toda carne verá la salvación de Dios.* Se admite que equivale a «toda carne verá al Cristo de Dios». Pero Cristo fue visto también en la carne, y no ciertamente en carne mortal, si es que aún puede llamarse carne tras convertirse en espiritual, pues incluso él mismo, después de la resurrección, dijo a quienes le estaban viendo y tocando: *Palpad y ved, que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.* Se le verá también en esta condición; no sólo se le vio, sino que se le verá también. Y quizá entonces se cumplirá de forma más plena lo dicho: *Toda carne.* Ahora, en efecto, lo ve la carne, pero no toda carne; pero entonces, en el momento del juicio, cuando venga con sus ángeles a juzgar a vivos y muertos, después que todos los que están en los sepulcros oigan su voz y salgan fuera, y unos resuciten para la vida y otros para el juicio, verán la misma forma que se dignó

tomar por nosotros; no sólo los justos, sino también los malvados: unos desde la derecha y otros desde la izquierda pues incluso quienes le mataron *verán al que traspasaron*. Así, pues, *toda carne verá la salvación de Dios*. Verán su cuerpo a través del cuerpo, puesto que ha de venir a juzgar en el cuerpo. A los que están a la derecha, enviados ya al reino de los cielos, se manifestará como fue visto ya en el cuerpo; pero, no obstante, decía: *Quien me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré a él y me manifestaré a él personalmente*. Esto no lo verá el judío malvado, pues *el malvado será apartado para que no vea la claridad de Dios*.

17. El justo Simeón lo vio tanto con el corazón, puesto que lo reconoció cuando era un niño sin habla, como con los ojos, puesto que lo cogió en sus brazos. Viéndole de esta doble manera, es decir, reconociendo en él al Hijo de Dios y abrazando al engendrado por la Virgen, dijo: *Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo ir en paz, porque mis ojos han visto tu salvación*. Ved lo que dijo. Se hallaba retenido aquí hasta que viera con los ojos a quien veía con la fe. Tomó en sus brazos un cuerpo pequeñito; un cuerpo fue lo que abrazó; y, viendo un cuerpo, es decir, contemplando al Señor en la carne, dijo: *Mis ojos han visto tu salvación*. ¿Cómo sabes que no es así como toda carne verá la salvación de Dios? Para que no desconfiemos que ha de venir a juzgar en la forma que recibió por nosotros y no en la que es siempre igual al Padre, escuchemos también la voz de los ángeles al respecto. Cuando fue elevado al cielo ante los ojos de sus discípulos, viéndole ellos y siguiendo con la mirada a quien deseaban con el corazón, escucharon de boca de los ángeles: *Varones galileos, ¿por qué estáis ahí plantados mirando al cielo? Este Jesús que se ha alejado de vosotros, vendrá así como lo visteis ir al cielo*. Así vendrá, pues, de la misma manera que subió al cielo. Vendrá a juzgar en forma visible, porque en forma visible subió al cielo. En efecto, si se alejó en forma visible y volverá en forma invisible, ¿cómo puede ser cierto que *vendrá así*? Sí, *vendrá así*; sin duda, vendrá en forma visible, y *toda carne verá la salvación de Dios*.

18. No he dicho esto -recordadlo, en cuanto os sea posible, hasta que lleguemos a lo que aún no conocemos; lo que sabemos no es necesario que lo aprendamos, pero sí que lo enseñemos con la ayuda de Dios-; no he dicho esto, repito, porque niegue que la carne haya de verlo, sino porque han de buscarse testimonios más claros, si es que pueden encontrarse, pues veis el valor del que ha sido presentado. Prueba más en mi favor, o en favor de la misma verdad, o en favor de quienes sostienen como casi cierto que la carne no ha de ver en ningún modo a Dios ni siquiera tras la resurrección de los muertos Yo aquí no entro en porfías; al repetirlo sólo busco recordarlo a los inteligentes e inculcarlo a los más lentos en comprender. Aunque a muchos les haya causado hastío, lo he dicho. A Dios no se le ve en un lugar determinado, porque no es un cuerpo, porque está todo entero por doquier, ni es menor en una parte y mayor en otra. Retengamos esto con toda firmeza. Si aquella carne ha de sufrir una transformación tan grande que mediante ella pueda verse lo que no está circunscrito a un lugar, sea así; pero ha de buscarse con qué probarlo. Y si aún no se puede probar, no por eso se ha de negar; pero ciertamente se puede dudar de ello, con tal que no se dude de que la carne ha de resucitar; que el cuerpo animal se ha de convertir en espiritual; que, siendo corruptible y mortal, se ha de revestir de incorrupción e inmortalidad, para

que *adondequiera que hayamos llegado, sobre eso caminemos*. Si por casualidad nos equivocamos en algo al apurar demasiado la investigación, que al menos nuestra equivocación tenga por objeto la criatura, no el Creador. Que cada cual se esfuerce, en la medida de sus posibilidades, en convertir su cuerpo en espíritu, con tal de que no convierta a Dios en cuerpo.

La gloriosísima pasión de San Vicente

Predicado en Hipona, año desconocido

1. Por voluntad de Cristo celebramos solemnemente la muy esforzada y gloriosísima pasión de San Vicente mártir y, como tal, sin rebozo la ensalzamos. Hemos visto con mirada del alma y contemplado con el pensamiento, cuánto soportó, las palabras que oyó, así como sus respuestas; y ante nuestros ojos se ha desplegado, en cierto modo, un admirable espectáculo: un juez inicuo, el torturador ensangrentado, el mártir invicto y un combate entre la crueldad y la piedad: por un lado la insania, por el otro la victoria.

Cuando en nuestros oídos resonaba la lectura, en los corazones se encendía la caridad. Habríamos querido, si hubiera sido posible, abrazar y besar aquellos miembros despedazados, que nos maravillaba dieran abasto a tan grandes castigos; y que, con una ternura inexplicable, no queríamos ver atormentados. Porque ¿quién querría ver a un verdugo enfurecido, a un ser humano, perdido todo sentimiento de

humanidad, ensañarse contra un cuerpo humano? ¿A quién agradaría descubrir entre las máquinas del tormento sus miembros distorsionados? ¿Quién no se resistiría ante su natural figura deformada por la destreza del hombre o ante sus huesos dislocados, a fuerza de distendidos, y puestos al desnudo por los garfios? ¿Quién no se estremecía de horror? Y, no obstante, siendo como era horroroso todo esto, la justicia del mártir lo hacía hermoso; y por su misma fe, por su piedad, por la esperanza en el siglo futuro y por su amor a Cristo, una fortaleza tan admirable derramaba el brillo de la gloria sobre la apariencia abominable y mortal de los tormentos. En suma, ante un mismo y



El cuero de S. Vicente es arrojado al mar. Daciano contempla la escena desde tierra.
Retablo de Serdinyà (detalle)

único espectáculo hemos contrapuesto nuestros deseos a los del perseguidor. A él le deleitaba la pena del mártir, a nosotros su causa; a él lo que aquél sufría, a nosotros por qué sufría; a él los tormentos; a nosotros su virtud; a él las heridas, a nosotros la corona; a él que le embargaran los dolores durante el máximo tiempo posible, a nosotros que, en modo alguno, los dolores le doblegaran: él se deleitaba porque aquél era maltratado en la carne, nosotros, porque perseveraba en la fe. Por eso, cuando se cebaba él en su propia crueldad, era entonces cuando le atormentaba la verdad del mártir; en cambio, nosotros apenas soportábamos los horrores que exigía de nosotros Vicente, pero cuando desfallecía éste, éramos nosotros los que sobre él nos imponíamos.

2. Y, con todo, nuestro atleta no resultó vencedor él mismo, en sí mismo o por sí mismo, sino en Aquél y por Aquél que, exaltado sobre todo, nos ofrece su auxilio, Aquél que, habiendo sufrido más que nadie, nos ha dejado su ejemplo. Nos está animando al combate el que nos invita a conseguir el premio; y así está contemplando al que lucha, para ayudarle en sus esfuerzos. A su atleta le ordena lo que tiene que hacer, le propone lo que ha de encajar y hasta acude en su ayuda para que no desfallezca. Ore, por tanto, simplemente el que quiere luchar sin reservas, vencer prestamente y reinar felizmente.

Acabamos de oír a un siervo, como nosotros, que hablaba y que con sus respuestas, congruentes y veraces, hacía callar la lengua del perseguidor. Pero antes hemos oído decir a su Señor: *«Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros: Y, por eso, aquél venció a sus enemigos; porque alabó sus propias palabras en el Señor y sabía lo que significaba decir: «En Dios alabaré mi palabra, en el Señor alabaré mis palabras; en el Señor esperaré, no temeré lo que pueda hacerme un mortal».*

Hemos visto al mártir soportando tormentos horribles con toda paciencia, pero su alma se sometía a Dios, de quien, efectivamente, venía su paciencia. Y para que la fragilidad humana, desfalleciendo por la impaciencia, no negara a Cristo y repercutiera ello en alegría del enemigo, bien sabía a quién decía: *«Dios mío, líbrame de la mano del pecador, de la mano de quien quebranta la ley y del malvado, por que tú eres mi paciencia».* Porque, el que en el salmo cantó estas palabras dio a entender cómo un cristiano debe pedir verse libre del poder de sus enemigos, no sin sufrir nada, sino soportando con mucha paciencia lo que sufre: *«Líbrame de la mano del pecador, de la mano de quien quebranta la ley y del malvado».* Pero si lo que preguntas es cómo quiere verse liberado, atiende a lo que sigue: *«Porque tú eres mi paciencia».* La pasión es gloriosa sólo cuando se da esa piadosa confesión, de suerte que *«el que se gloria, gloriése en el Señor».* Y, por eso, nadie presuma en su corazón, cuando ha cumplido sus palabras, nadie presuma de sus fuerzas, cuando sufre la tentación, porque así como para hablar palabras buenas, de Él es nuestra sabiduría, así también para sufrir los males, de Él es nuestra paciencia.

Por tanto, de nosotros es el querer; pero sólo después de llamados es cuando se nos exige que queramos; de nosotros es el pedir, pero no sabemos qué pedir; de nosotros es el recibir, pero ¿qué recibiríamos, si no tenemos ya

antes?; de nosotros es el tener, pero ¿qué tenemos, si no recibimos antes? Por consiguiente, *«el que se gloria, gloriése en el Señor»*.

Digno es, pues, el mártir Vicente, de ser coronado por el Señor, en quien eligió gloriarse, por la sabiduría y también por la paciencia, digno de la presente solemnidad, digno de la felicidad eterna, que con tal de alcanzarla, leve le era, por horrendo que fuera, cuanto le intimidó con amenazas tan grandes aquel juez, cuantos tormentos el ensangrentado verdugo le infligió. Ha pasado, no cabe duda, lo que sufrió, pero no ha de pasar lo que ya ha recibido. Porque es cierto que sus miembros fueron maltratados así, que así fueron atormentadas sus entrañas, que tan frecuentes y con tanta crueldad fueron reiterados los tormentos, pero así, tal como lo fueron aquellos y aun siendo mucho mayores, *«no hay proporción entre los sufrimientos de esta vida y la gloria futura que ha de revelarse en nosotros»*.